

a l'ombra de l'alzina
a la sombra de la encina
à l'ombre du chêne
all'ombra della quercia
Magdalena Aulina

15 – 03 – 2015

Había un hombre rico que se vestía de púrpura y de lino y banqueteaba cada día. Y un mendigo llamado Lázaro estaba echado en su portal, cubierto de llagas, y con ganas de saciarse de lo que caía de la mesa del rico. Y hasta los perros venían y le lamían las llagas. Sucedió que murió el mendigo, y fue llevado por los ángeles al seno de Abrahán. Murió también el rico y fue enterrado. Y, estando en el infierno, en medio de los tormentos, levantó los ojos y vio de lejos a Abrahán, y a Lázaro en su seno, Y gritando, dijo: "Padre Abrahán, ten piedad de mí y manda a Lázaro que moje en agua la punta del dedo y me refresque la lengua, porque me torturan estas llagas". Pero Abrahán le dijo: "Hijo, recuerda que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro, a su vez, males: por eso ahora él es aquí consolado, mientras que tú eres atormentado..." (Lc 16, 19-25).

Aparecen tres personajes en esta parábola: un hombre rico (el considerado Epulón), uno pobre (de nombre Lázaro) y nuestro padre en la fe (Abrahán) ... Ciertamente, en esta parábola, Jesús nos quiere hablar "del más allá", y para hacerlo se sirve de conceptos corrientes en el judaísmo de su tiempo. El rico Epulón, que durante la vida terrena no ha practicado la caridad y la misericordia, sufre inevitablemente en la otra vida. Él, como sus hermanos, conocía la ley y las profecías, que especifican la manera de hacer de la justicia divina. Tal vez pensaba que para él se haría una excepción, y en cambio todo se cumplió "como estaba escrito". También nosotros estamos advertidos: no podemos cambiar la ley de Cristo confiándonos a una misericordia que no corresponda a nuestra caridad ... Mientras que estemos aquí en la tierra tenemos tiempo para hacer el bien, después será demasiado tarde. Jesús también da sentido a los sufrimientos de Lázaro: las injusticias terrenas serán largamente rescatadas en la otra vida.

Jesús, a través de la parábola, insiste asimismo sobre el significado de los signos. El hombre rico, ahora muerto, se dirige a Abrahán diciéndole lo que también hoy algunos le dicen a Dios: ¡si quieres que te creamos, tienes que ser más claro! Mándanos a alguno de los que están ahí para que nos indique si es verdaderamente como tú dices. Pero la respuesta de Dios es clara: quien no cree en las Escrituras, tampoco creerá a uno que venga del más allá. El signo está y ha venido: es Jesús, la Palabra de Dios encarnada.

Jesús nos dirige esta parábola a nosotros particularmente. Es una enseñanza preciosa en esta Cuaresma, y también lo es para los hombres y mujeres del mundo occidental, que tienen "en la puerta" a tantos pobres "lázaros". Jesús se dirige a nosotros, que, a veces, no conseguimos "temperar" nuestras pasiones y nuestros deseos. A menudo no conseguimos lograr el equilibrio interior y exterior. No siempre logramos ser coherentes y honestos. No conseguimos vencernos (cosa tan importante como ardua, tanto que los antiguos sabios decían que "dominarse es el máximo dominio"). Jesús nos habla a nosotros, que no llegamos a ver en las llagas de tantos pobres "lázaros" sus llagas; y en el rostro de ellos, su rostro sufriente. Se dirige a nosotros, que a menudo nos recubrimos de muchas cosas superfluas que nos impiden descubrir lo esencial.

Jesús nos recuerda que existe una virtud demasiado olvidada: la virtud de la temperancia. Esta virtud nos viene del Espíritu Santo, siempre que nosotros le abramos "la puerta de nuestro corazón" y somos dóciles a su acción. La temperancia es una bella virtud: ella nos hace "temperantes", es decir, capaces de equilibrar nuestros instintos y deseos. A este "fruto" del Espíritu Santo se une el domino de sí mismo, el orden y la medida, la armonía, el equilibrio, el autocontrol. Son actitudes muy importantes todas ellas, que nos ayudan a imitar a Jesús cada vez mejor y a revestirnos de sus sentimientos.

"Sed perfectos", siempre repetía Magdalena Aulina, mujer profundamente sabia, de sentido común, equilibrada, de un gran dominio de sí misma. Podemos definirla como mujer "temperante", porque en ella todo era armonía y moderación, y todo tendía a la imitación de Cristo. Y a esta imitación se sentían estimulados cuantos la rodeaban.

Pidamos al Espíritu Santo, por intercesión de la sierva de Dios Magdalena Aulina, que nos haga hombres y mujeres temperantes, equilibrados, cuidadosos en los gastos y en los derroches (como a menudo nos recuerda también el Papa Francisco): criaturas atentas a los "lázaros" que llaman a la puerta de nuestro corazón y de nuestra casa.

